

trimonio, como fuera del matrimonio, se acude á precauciones ó manejos culpables, que se han convertido en hábito cada vez más universal, vicio abominable, cáncer horrible pegado al corazón de las sociedades modernas, pero que las devorará.

El mismo Malthus, el harto célebre apóstol de la prudencia en el matrimonio y de la renuncia virtuosa, dijo en su libro de la *Poblacion* (edición francesa, página 606): «Rechazaré siempre, como inmoral, todo medio artificial y fuera de las leyes de la naturaleza que se quiera emplear para contener la población.»

Un cálculo ateo impone esta fatal costumbre en el matrimonio. El hombre que no cree ni espera en Dios, no cuenta más que en sus propias fuerzas, y por lo mismo una familia numerosa es á su vista una carga demasiado pesada, un espantajo que le persigue incesantemente. No quiere que una herencia repartida entre demasiados hijos les haga descender de la posición social que la clase y la fortuna les aseguran ó prometen. La mujer á su vez se hace la cómplice y á veces el ángel malo del hombre, porque para un alma que no tiene ya el sentimiento de la abnegación cristiana, las funciones de la maternidad son demasiado penosas é inconciliables con las exigencias del mundo.

Es ahora la ocasión más oportuna que nunca de recordar los principios.

En las ideas de la fe, como también en el orden de la naturaleza, la herencia del Señor, la señal y el sello de su bendición, son los hijos: *Hereditas Domini, filii*. La recompensa de la virtud es el fruto de las entrañas: *merces, fructus ventris*. Espérase de Dios á un tiempo mismo el aumento de la familia y su prosperidad.

En la propagación del género humano hace Dios presidir también unas leyes providenciales que no se podrían desconocer. Así por ejemplo, en el seno de las sociedades constituidas normalmente, cuando se guardan fielmente las leyes de la naturaleza y de la religión, es siempre ma-

yor el número de los nacimientos masculinos que el de los femeninos, en la relación de 22 á 21, ó hasta de 17 á 16. De la misma manera el término medio del número de los hijos por matrimonio está comprendido entre 4 y 5. Este término medio está en armonía perfecta con las leyes de la mortalidad, en el sentido de que asegura un aumento continuo y benéfico de la población. Está también perfectamente conforme con las necesidades del corazón del hombre y de la mujer. Cuando el amor paternal, y más aún el amor maternal, está llamado á manifestarse ó esparcirse en tres ó cuatro hijos, está en general perfectamente regulado; pero si, sobre todo por una mala voluntad, no tiene que ejercitarse sino en uno ó dos hijos, es muy de temer que llegue á ser excesivo. En lugar de vivificar este amor al hijo, desarreglado como es, le pierde, y hace á su vez la desgracia del padre y de la madre, que tienen comprometido su porvenir por el cálculo insensato y criminal. Hé aquí como sucede actualmente que tantos hijos deshonran y desesperan á sus padres. Como también, por una reacción desoladora, pero lógica, el temor y el disgusto de la paternidad y de la maternidad van creciendo en lamentable proporción.

Un atento estudio de las leyes de la mortalidad demuestra además que no es excesivo el número de tres ó cuatro hijos para tener certeza moral de salvar uno de ellos de los mil accidentes que amenazan su vida, y verle llegar á la edad adulta. De manera que los padres que oponen su voluntad á la de Dios, que se hacen sordos á la naturaleza, se exponen casi infaliblemente á ver que la muerte les quita á sus hijos, destinados sin embargo á convertirse en gloria y alegría suyas y á menudo en apoyo suyo. ¡Cuán triste es entonces ese interior vacío de hijos, sobre todo cuando se ven forzados á decirse interiormente y de continuo que los han perdido por su culpa!

En este siglo materialista el bueno y bello ideal es un par de hijos: ¡un hijo y una hija! Pero para el hombre de fe que reflexiona, este exceso de felicidad, cuando es el

resultado del cálculo humano, es casi una señal del abandono de la Providencia, ó á lo menos de predestinacion á crueles angustias. Es además evidentemente homicida, porque, si se convertía en regla general, estaria muy pronto acabado el género humano. Una familia de muchos hijos presidida por Dios y la fe, es al contrario, hasta en esta tierra de lágrimas, un paraíso anticipado, un manantial fecundo de goces puros y duraderos.

Es falso, absolutamente falso, y este fué el grande error de Malthus, que el desarrollo natural y sin obstáculos de las poblaciones sea un espantajo continuamente levantado contra la humanidad, y contra el cual sea preciso conjurarse de manera que se haga de la *renuncia virtuosa* una práctica universal, una condicion esencial de la prosperidad de las naciones. Esta doctrina es primeramente impía. Efectivamente, Dios dijo al hombre: Creced y multiplicaos; y la prueba de que ese aumento es sin peligro, consiste en que el término medio de los hijos por matrimonio está comprendido entre cuatro y cinco. Es además contraria á la razon. Véase cómo uno de nuestros más célebres economistas, M. Federico Passy, combate los sofismas de Malthus: «El hombre debe desempeñar un cometido, pero tiene los medios para desempeñarlo. Tiene una boca que consume, pero tiene dos brazos, y con dos brazos la inteligencia y la voluntad que los dirigen. ¡Y qué! ¿seria natural regocijarse por el nacimiento de un becerro, porque llegará á ser un buey, y deberá llorarse por el nacimiento de un hijo, porque este hijo llegará á ser un hombre? El buey, se dice, debe proporcionar el equivalente de su gasto. ¿Y no sucederia lo mismo con el hombre? ¡con el hombre que hace trabajar al buey, y proporciona al suelo los elementos de su subsistencia! Dícese que le falta la tierra. ¿En dónde, pues, se ha visto esto verdaderamente? Veo que la tierra es al contrario grande, y que apenas está desflorada, porque estamos todavía al principio de nuestros esfuerzos para doblegarla

á nuestro uso. Para quien sabe ver, las sustancias tomadas ya en el reino vegetal, ya en el animal, aparecen dotadas, pero en grado muy superior al de la multiplicacion del hombre, de la facultad de multiplicarse más y más. (*El principio de la poblacion, Malthus y su doctrina*, p. 44 y siguientes.)

Finalmente, digámoslo, á riesgo de escandalizar á los mojigatos del siglo XIX (la mojigatería, por desgracia, no es el pudor), la doctrina de la abstencion virtuosa ó de la prudencia en el matrimonio no es más cristiana de lo que es humana. El cristianismo y los apóstoles de la civilizacion por el Evangelio conocen mil veces mejor la naturaleza del hombre que los filósofos y los economistas filántropos, y faltaria yo á mi deber, si no recordara los consejos de san Pablo contradictorios de los de Malthus: «*No os alejeis el uno del otro, á no ser por comun consentimiento, para cierto tiempo, y para dedicaros á la oracion; reuníos pronto, por temor de que vuestra incontinencia dé lugar á Satánás para arrastraros al mal.*» Lejos de recomendar la renuncia virtuosa, habitual, que supone naturalezas excepcionales y convenidas, se ve que san Pablo concede apenas un apartamiento momentáneo, con el objeto de unirse más á Dios, con pronto retorno á los deberes mutuos de los esposos.

Dicho esto, veamos sin contemplacion lo que son las prácticas criminales de que hablamos, primeramente en el matrimonio.

1.º *Un atentado contra Dios, la negacion de su providencia, una lucha criminal é insensata contra su voluntad.* De intento se prefiere uno ó dos hijos con la maldicion de Dios, á una familia numerosa que se complaceria en bendecir. Ruptura voluntaria y calculada con las prácticas esenciales de la religion, la confesion y la comunión. Es verdad que reservan presuntuosamente, si, lo que es casi imposible, se ha conservado una sombra de fe, volver á Dios cuando viejos.

2.º *Un atentado contra la familia.* Olvidando el hombre que no es, haga lo que quiera, más que un siervo inútil, se constituye en solo instrumento de la dicha de sus hijos. Condena á la nada á los seres cuyo nacimiento impide. Condena á menudo á una muerte prematura á la cómplice y víctima de sus cálculos impíos. ¡Cuántas mujeres jóvenes murieron de parto, de la fiebre puerperal, tan comun en nuestra época, porque un Dios lleno de misericordia no ha querido que el corazón de la joven madre se abriera al contagio universal! *Fué quitada del mundo de los pecadores por temor que el vicio falseara su inteligencia, ó que la ficción sedujera su corazón.* ¡Cuántos niños tambien han sido arrebatados por el croup, tan frecuente ahora!

3.º *Un atentado contra la sociedad.* El aumento de las poblaciones es hasta cierto punto la prosperidad y la fuerza de las naciones; su disminucion es un signo de decadencia. En Francia, el aumento de la vida media oculta tambien la disminucion enorme de poblacion que experimentamos fatalmente; pero muy pronto no habrá nada que pueda ocultarla; nuestra desnudez se revelará á la faz del mundo todo y se abrirán los ojos de los más ciegos. Ya en gran número de departamentos el número de los hijos por matrimonio no es ya más que de *uno y medio*, y la informacion agrícola ha señalado, en ciertos pueblos ricos, la falta casi completa de niños.

En la industria agrícola, sobre todo, los hijos son el estímulo más eficaz del trabajo, la fuerza en cierto modo de los autores de sus dias. No se trabaja con afición, sino cuando piden pan muchas bocas pequeñas hambrientas. Hálo dicho el mismo Malthus, pero con términos muy pálidos, en el pasaje ya citado: «Si en cada matrimonio estuviera sujeto el número de los hijos á una limitacion voluntaria, habria motivos para temer un aumento de indolencia; y podria suceder que ni las diversas comarcas tomadas individualmente, ni la tierra entera mirada de una manera colectiva, llegaran ó se mantuvieran en el grado de poblacion que deben alcanzar.»

A la agricultura le faltan ya brazos, y el campesino está condenado á pagar muy caros los mercenarios llamados á reemplazar los de sus hijos. Ya tambien, en varios de nuestros departamentos, faltan mujeres para industrias seculares, los encajes, los guantes, los cepillos, y es preciso recurrir á la cooperacion del arte mecánica ó á la electricidad.

Además, el espantoso abuso de que hablamos, al mismo tiempo que disminuye en proporcion enorme el número de los hijos legítimos á cargo de sus padres, aumenta en proporcion mayor aún el número de los hijos ilegítimos, á cargo casi todos del Estado. La naturaleza y la pasion tienden invenciblemente á recobrar su imperio; contenidas en un punto, invaden otro.

Al propio tiempo ¡ay! el temor excesivo y repulsivo de los hijos ha más que centuplicado el número de los abortos é infanticidios. Ha hecho nacer horribles industrias, entre otras la de *artífices de ángeles*. En América, en donde la fe cristiana es apenas una palabra, se ha llegado á preguntar qué ley podria impedir á la mujer deshacerse de sus hijos.

Alejandro Dumas, hijo, no ha vacilado en escribir esta frase terrible: «Dejad que haga la mujer lo que hace, y dentro de cincuenta años nuestros sobrinos (entonces ya no se tendrán hijos, no habrá más que sobrinos) verán lo que queda de la familia, de la religion, de la virtud, de la moral y del matrimonio en nuestro bello país de Francia.»

El secretario general de la Sociedad protectora de la infancia contestaba con santa indignacion á uno de sus más ilustres cofrades que parecia exagerar las aberraciones de las mujeres de nuestra época, afirmando que la leche de mujer es insuficiente en Francia: «No; la leche de mujer no falta mas en Francia que en otro país del mundo para las necesidades que está destinada á satisfacer; como tampoco falta la leche de los animales para la conservacion de las especies, cuando la industria ó la mala voluntad humana no vienen á turbar las leyes de la natu-

raleza... Por desgracia es demasiado cierto que en este siglo positivista, la noción del deber se oscurece sensiblemente, y que el culto de los placeres ó de los intereses materiales absorbe todo otro sentimiento en el mayor número. Resulta de esto que la familia es como una carga, y que se hace todo para huir de ella. Un hijo turbaría el reposo del marido y sería para la mujer una incomodidad de todos los instantes. Que salga en seguida y lo más lejos posible; se librarán de él por una corta cantidad de dinero; y si no lo vuelven, para sus padres que apenas lo han conocido, será como si no existiese ya. ¡Qué espantoso porvenir!

Sí, porque los niños son impertinentes, ó á lo menos su nacimiento es un embarazo harto cruel; porque para madres sin fe y sin entrañas, los deberes de la maternidad están muy por encima de sus fuerzas; así es que abandonan sin ningún escrúpulo sus hijos á manos extrañas, los entregan desde luego á madres asalariadas; es decir, los condenan á una mortalidad desesperadora, cuyo solo pensamiento hiela de espanto. Un proceso ruidoso demostraba hace algunos meses á la Francia alarmada, que setenta y seis madres habían visto á sus hijos confiados sucesivamente á una envenenadora cínica, condenada á veinte años de trabajos forzados.

Hay más aún. Hechos increíbles, pero ciertos, parecen demostrar que se habría organizado en Francia el homicidio lento y disimulado de los niños de cria, que en algunas localidades de nuestros departamentos existirían mujeres cuya industria sería recibir criaturas, sobre todo hijos naturales, para hacerlos morir á fuego lento. *Infandum!*

4.º *Un atentado en fin contra la naturaleza y la pasión.* ¿Quién hubiera creído que el hombre haría violencia al amor y resistiría al más poderoso de los atractivos? ¡Ah! si la religión hubiese dicho al torrente: Tú irás hasta allá, pero allá tus olas tumultuosas deberán estrellarse, ¡qué indignación no habría excitado! Un cálculo ateo é

infernál podía él solo exigir la sangre fría necesaria á esta guardia homicida de los sentidos! Y es la religión católica la única que tiene hoy día el valor de sostener entre todos y contra todos la causa de la pasión, de la naturaleza, de la sociedad, de la humanidad, de la familia, de Dios; á los celibatarios voluntarios de la santa Iglesia de Jesucristo estaba reservado ser en el transcurso de los tiempos los defensores de los derechos del matrimonio y de las generaciones venideras.

¿Qué es lo que ha resultado de estas perversiones extrañas del instinto paternal y maternal? que el sentimiento más dulce de la naturaleza ha desaparecido casi del corazón del hombre; que se ha hecho ridículo el amar. Hoy día es el vicio altamente confesado, el vicio públicamente desvergonzado, y no la afección, la que acerca el hombre á la mujer. Y hé aquí cómo los reyes de la moda han llegado á inventar á las hijas de mármol, las más odiosas de las cortesanas, cuyo abominable triunfo están condenadas á envidiar las esposas legítimas, vergonzosamente abandonadas. En una reciente conferencia, una de nuestras glorias médicas decía á la juventud que le rodeaba: «¡De qué sirve ir á ahogar en excesos más tristes aún que culpables todo lo que la naturaleza nos ha dado de bello, de bueno, de útil, de puro, de generoso! ¿Por qué buscar tan mal y tan lejos un placer del cual está como desterrado el corazón, cuando se puede ser feliz pura y santamente? Muy mucho se han de llorar y compadecer los que no conocen ó no conocerán jamás el nombre del celestial sentimiento que derrama la embriaguez misteriosa sobre las almas dignas de gustarla.»

Mas no lo olvidemos; si la sociedad cierra los ojos sobre los atentados cometidos contra sí misma, esto no pasa con la naturaleza. Ella protesta con energía por una multitud de enfermedades gravísimas, casi desconocidas en otro tiempo, hoy más comunes de lo que se puede ponderar. Mr. Bergeret, primer médico del hospital de Arbois (Jura), ha descubierto en su práctica, limitada solamente á la cir-

cunscripcion de la capital de un canton, tan numerosos y terribles ejemplos de las consecuencias fatales de este olvido de las leyes de la naturaleza, que no ha podido menos que denunciarlos á la conciencia pública. En un libro intitulado: *Fraudes en el cumplimiento de las funciones generadoras*, despues de haber demostrado, por medio de setenta y ocho observaciones, unas más espeluznantes que otras, los males horribles causados por estas costumbres odiosas: metritis agudas ó crónicas, menorragias, metrorragias, hematóceles, tumores fibrosos, pólipos, hiperestesias uterinas, histeralgias, cólicos y nevrosas, neuralgias y obstrucciones, cánceres, tumores de los ovarios, uretritis, enfermedades de los órganos de la circulacion, de la respiracion y de la digestion, esterilidad, impotencia, etc., etc., añade: «Las fraudes genésicas son una causa profunda de desmoralizacion; ellas hacen que los hombres lleven la seduccion hasta sus últimas consecuencias; convierten á la mujer en instrumento de las más innobles pasiones; hacen perder al hombre y á la mujer el gusto y lo aptitud de los placeres sexuales, y les conducen casi infaliblemente al dulterio y á la prostitucion.»

Este fallo, salido de una boca que no puede ser sospechosa, me dispensa de insistir sobre las terribles consecuencias, fuera del matrimonio, de las abominables costumbres que combato. Bastará decir que ellas abren la puerta á un libertinaje sin freno y sin límites, que imprimen á la disolucion de las costumbres un impulso irresistible, que sustituyen á la union santa del hombre y de la mujer la promiscuidad de sexos, que hace descender al hombre al nivel de los brutos. Nada detiene ya, no diré el arrebató, sino la animalidad de las pasiones. Una palabra cruel expresará el exceso del mal. En uno de estos departamentos que rodean á París, en donde el número de niños por matrimonio no es más que de uno y medio, un amigo de la familia reprochaba á una madre por-

que no vigilaba bastante á su hija, y le permitia tomar parte en todos los bailes de noche de los fisgones, cuando la madre, interrumpiéndole de pronto, exclamó: «Yo no temo nada por mi hija: ella está hartó bien instruida para que pueda sucederle jamás verse condenada á hacer público su deshonor.» Ved hasta qué abismo hemos caido.

Mr. Bergeret sin embargo no quiere que se diga que este abominable pecado de sangre fria conduce la sociedad al abismo. El escritor dramático, que he citado poco antes y que conocia muy bien su siglo, ha sido más animoso. Por sí mismos quizás estos vicios no acarrearían una ruina moral universal; pero, acompañados del abandono de la fe, cuyo efecto y causa son á la vez, nos perderán infaliblemente, tanto más en cuanto, en materia semejante, bajo el imperio aceptado de la influencia satánica, la conversion y el retorno son poco menos que imposibles. Podria ser con todo que, si, como lo esperamos, el Concilio Vaticano lanza sus más terribles rayos contra estas costumbres infernales, su voz solemne fuese quizá escuchada. ¡*Salvadnos, Señor, que perecemos!*

Séame permitido aún señalar algunos otros graves abusos relativos á esta tan delicada materia.

En las habitaciones estrechas del siglo XIX, á consecuencia de este tan gran descuido que confunde todos los rangos y todas las edades, los niños están sin cesar en contacto con los padres y los criados. Ellos lo ven todo, lo oyen todo, todo lo comprenden ó adivinan. Es por cierto una gran desgracia. Su inteligencia, hartó pronto des-pertada, se abre al mal con una facilidad extrema, y ¡ay! nos vemos obligados á decir con razon que ya no hay niños, sino pequeños hombres viciosos antes de la edad. Y ¡cuántas madres desnaturalizadas esperan apenas que estén crecidos para entregar su corazón á las pasiones de sangre fria! cuán incrédulas no serán las jóvenes generaciones!

En la mayor parte de las familias, los domésticos tie-

nen su cuarto fuera de la habitacion de los amos. Es una derogacion funesta de las costumbres antiguas, que el Evangelio nos recuerda en una de sus parábolas: *Mis servidores están conmigo bajo una misma llave*. Relegados en sótanos ó boardillas, unos arrastran á otros; ¡cuán espantosa es allí la promiscuidad de los sexos! Así se explica la rareza extrema de servidores castos y fieles. A estos servidores pervertidos los padres y madres abandonan en cierto modo á sus hijos.

En efecto, el santuario de la familia, lo que nuestro antiguo lenguaje llamaba el hogar doméstico, no existe ya. El padre hasta cierto punto es extraño á él; sale por la mañana para volver poco antes de la noche; se sienta apenas á la mesa comun. Los negocios, los casinos, los clubs, los cafés, los garitos, los teatros, las reuniones, las conferencias, lo absorben copletamente; apenas ha entrado en casa, que ya le tarda el salir de ella.

Y la madre, ¡qué esfuerzos hace para escapar de esta tan triste soledad que sus hijos no llenan bastante! La vida de la fe, la vida del justo, ¿no es absolutamente incompatible con sus costumbres desordenadas?

En fin, la atencion pública se pasma muy tarde ¡ay! de uno de los tristes extravíos de la ley francesa, en la que Dios, y por consiguiente la religion, la moral, la familia son sacrificadas hasta el punto de que se haya podido decir de ella que ha sido hecha atea. La primera protestacion enérgica contra este grande abuso ha salido tambien de la pluma de Mr. Alejandro Dumas, hijo; mas yo dejaré hablar á uno de nuestros más sabios médicos filósofos, el doctor Mr. Emilio Chauffard.

En su discurso sobre la mortalidad de los niños, pronunciado, el 28 de diciembre de 1869, en el seno de la Academia imperial de medicina, dijo: «A más de los favores indirectos de la ley francesa para con las uniones ilegítimas (ella prohíbe la investigacion de la paternidad, etc.), hay todavía más, hay grandes instituciones dirigidas contra el matrimonio; hay grandes aglomeraciones

de hombres jóvenes y robustos, lo más puro y ardiente de nuestra raza, á las cuales no se les deja otro recurso que las uniones pasajeras, la peor especie de las uniones ilegítimas. Quiero hablar de los grandes ejércitos permanentes, de estas quintas desapiadadas, que todos los años arrancan al hogar la flor de la juventud francesa, para encerrarla en malsanos cuarteles y entregarla á la vida ociosa de guarnicion... Considerad la situacion de cuatrocientos á quinientos mil hombres, jóvenes y vigorosos, á quienes está prohibido el matrimonio sin que hayan hecho el voto de continencia, y que se les echa al empedrado de las grandes ciudades, entregados y necesariamente abandonados á todas las seducciones... Y estos quinientos mil hombres robustos son arrancados en su mayor parte al hogar rural, á la agricultura, la más fecunda, la más moral, la más saludable de las industrias; y quitados al matrimonio, que es el solo que da á la poblacion el aumento y la fuerza... ¿Quién ignora los estragos ocasionados en el ejército por la tuberculosa y la sífilis? Y estos tuberculosos y estos sífilíticos, libres ó licenciados, llegan á ser padres, que legan á su descendencia, y frecuentemente á sus mujeres, afecciones contagiosas ó hereditarias, que se traducen por una mortalidad espantosa en la niñez.»

Yo no añado más, pero todos los lectores de buena fe reconocerán sin vacilar que la fe, que ha resistido á tantos enemigos conjurados y formidables, que cuenta aún hoy dia tantas almas fieles, es necesaria y evidentemente divina. ¡Esplendor! esplendor!

